

LA COLUMNA DE MONSEÑOR

MOZAMBIQUE Y LA PRIMERA ENCÍCLICA MISIONERA DE PÍO XII



Entre los «grandes» más recordados de Portugal, ocupa un lugar especial Enrique «El Navegante».

Él emprendió una sabia y tenaz tarea para promover nuevos descubrimientos geográficos y la expansión territorial de su patria.



Por: Mons. Victorino GIRARDI, mccj, obispo emérito de Tilarán-Liberia

1. **A su muerte**, acaecida en 1460, su «sueño» ya había sido comunicado a no pocos, entre ellos, a Vasco de Gama. Él también tenía dos grandes ideales: primero, buscar en el sur y en el este del continente africano, posibles aliados cristianos para atacar desde allí al gran y secular enemigo del occidente cristiano: los musulmanes; y segundo, «difundir la fe en Cristo Jesús».

No olvidemos que el espíritu de las Cruzadas aún no se había apagado en Europa y menos aún en la península Ibérica (Portugal y España), cuya historia medieval había sido la historia de la reconquista del propio país, a los musulmanes.

Cuando Vasco de Gama, en 1498, superó el cabo de Buena Esperanza (África del sur) y llegó al océano Índico, descubrió la ruta desde la cual el islam de África del Norte hubiera podido ser atacado, también porque creía (como muchos en su tiempo) que el rey cristiano de

Etiopía (el mítico Preste Juan) habría podido ofrecer ayuda insustituible en esa lucha.

Sin embargo, cuando Vasco de Gama alcanzó las costas del actual Mozambique, se encontró en abierto contraste con «los moros», a saber, musulmanes, que, bajando del sur de Arabia, ya eran dueños del lugar; subiendo luego a lo largo de la costa, hacia la actual Tanzania, descubrió que ya estaba ocupada por gente de esa misma etnia y religión.

Con gran desilusión y amarga sorpresa el cronista del primer viaje a las Indias Orientales apuntó que los marinos musulmanes que se embarcaron con los portugueses en Sofala (Mozambique), los engañaban diciendo que todas las ciudades de la costa eran habitadas también por cristianos, «diciendo esto para su ventaja, pero no era verdad».

2. Los primeros misioneros llegaron a las costas mozambiqueñas a principios del año 1500, pero solo cosecharon... espinas. «Toda aquella

gente, siendo musulmana no logró nada, más bien, los franciscanos gravemente ofendidos y golpeados, empezaron a experimentar cuán duro y exigente sería difundir el Reino de Dios entre esos pueblos».

Pronto comprendieron que, si querían predicar el Evangelio con algún fruto, sin abandonar el trabajo en las regiones costeras ya musulmanas, tenían que desplazarse hacia el interior, a las poblaciones aún no alcanzadas por la presencia del islam. Sin embargo, los misioneros disponibles eran muy pocos, además, con largos períodos de ausencia por las enormes dificultades para desplazarse.

La falta de penetración en territorios no musulmanes es del todo comprensible si pensamos que Portugal, con una población que no superaba el millón y medio de habitantes, de hecho, había levantado un inmenso imperio que se extendía desde Angola hasta las costas de Japón. Y no hay que olvidarlo, a esos territorios podían llegar solo misioneros portugueses de acuerdo con lo establecido por el Patronato Regio, con el cual la Santa Sede había encomendado a España y Portugal el deber de la predicación del cristianismo en todos los territorios que hubieran unido a su nación.

Por cuanto heroica fuera la labor de los misioneros portugueses, inevitablemente no podía responder a las crecientes exigencias de los nuevos «campos de misión» en África, concretamente en Mozambique.

3. En 1940, en plena Segunda Guerra Mundial, Portugal celebraba el octavo centenario de su independencia y el tercero de su Restauración. Pío XII se encontraba en su segundo año de pontificado y aprovechó esa fecha conmemorativa para anunciar su primera encíclica misionera, la *Saeculo exeunte octavo* (SEO, [Finalizando el siglo octavo]). Fue publicada el 13 de junio, fiesta de san Antonio de Padua, el santo portugués más popular.

En ella se alaba y confirma el *Acuerdo sobre Misiones*, en el que Portugal, renunciando al histórico Patronato Regio, se comprometía también a aceptar en sus colonias o territorios ultramarinos a misioneros que no fueran de origen portugués. Para impulsar a la Iglesia y nación portuguesa a dar este paso definitivo, se



Victor Hugo García

Mozambique ofrece misioneros a las Iglesias necesitadas

pidió ayuda a los misioneros extranjeros, Pío XII escribe: «¡Los obreros son pocos! Las antiguas diócesis de África portuguesa padecen escasez de apóstoles y extensos territorios están confiados a pocos obreros evangélicos» (SEO 166). El Papa enfatiza su exhortación recordando el ejemplo de san Francisco Javier, «español de nacimiento y portugués por adopción»: «Ciertamente que no hubiera hecho más al servicio de Portugal, si hubiera sido portugués de nacimiento, tal es la eficacia bienhechora de la santidad» (SEO 202).

No es la «nacionalidad», sino la «santidad» la que asegura el heroísmo misionero. Gracias a la intervención de Pío XII, también los Misioneros Combonianos se hicieron presentes en Mozambique. A los pocos años (1947) se abrieron las misiones combonianas de Carapira y Merara. Como era previsible, el camino no fue fácil, particularmente en la época de la lucha por la independencia de Mozambique de Portugal (1975) y, más tarde, por la prolongada guerra civil, en la que la hermana comboniana María Teresa Dalle Pezze selló con el martirio (1985) su fidelidad a los más pobres; así como el sacerdote y médico comboniano Alfredo Fiorini (con solo 37 años), víctima mortal en 1992.

Una vez más, el prolongado y heroico sacrificio ha sido fecundo: hoy en día, la Provincia Comboniana de Mozambique no solo recibe misioneros, sino que los está ofreciendo a las Iglesias más necesitadas. Los numerosos jóvenes mozambiqueños que se están formando en nuestros seminarios misioneros de Nampula y de Matola son motivo de esperanza. 🔔